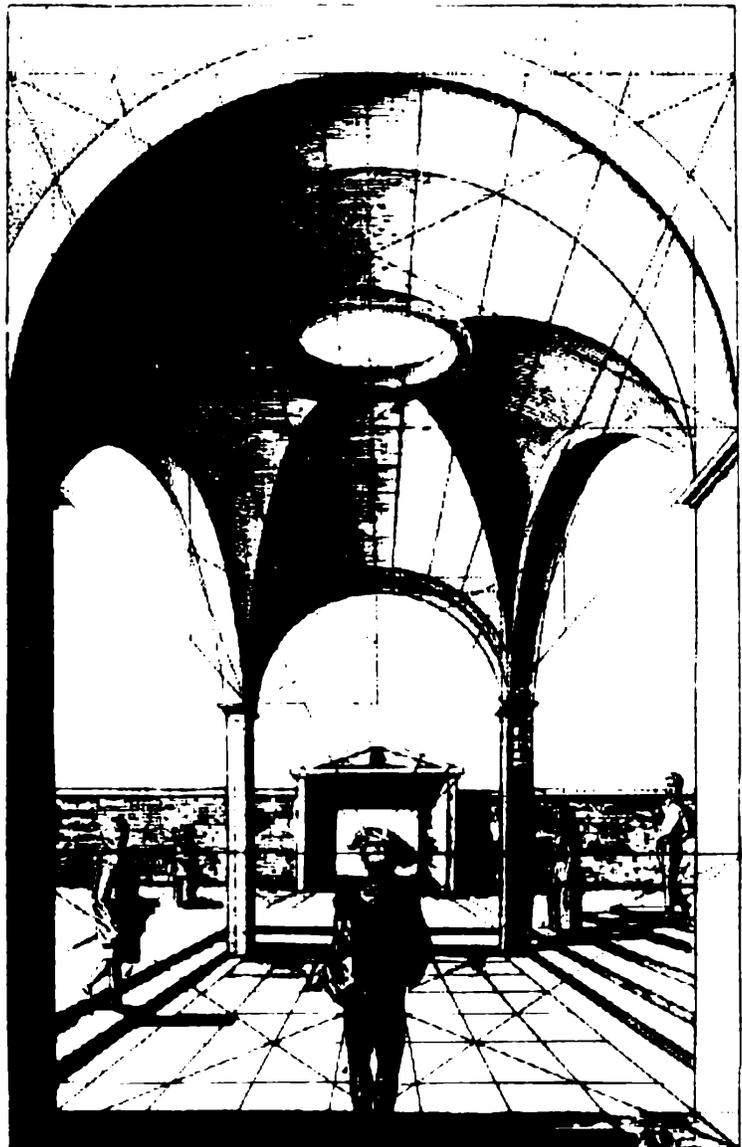


Historia

Análisis del pasado y proyecto social

Josep
Fontana



CRITICA
Grupa editorial
Grijalbo

Maqueta: Alberto Corazón

© 1982: Josep Fontana Lázaro, Barcelona

© 1982: Editorial Crítica, S. A., calle Pedró de la Creu, 58, Barcelona-34

ISBN: 84-7423-174-4

Depósito legal: B. 17.579 - 1982

Impreso en España

1982. — Gráficas Salvá, Casanova, 140, Barcelona-36

CAPÍTULO 12

EL MARXISMO EN EL SIGLO XX. I: DESNATURALIZACIÓN Y DOGMATISMO

La evolución del materialismo histórico —y de la práctica historiográfica nacida de él— entre la muerte de Engels (1895) y nuestros días puede considerarse enmarcada en un doble proceso de desnaturalización y de recuperación. Aunque ambos aspectos son en buena medida simultáneos, ha parecido que convenía aquí separarlos y comenzar por el que se inició primero: la progresiva desnaturalización del pensamiento histórico marxista de la Segunda Internacional y la fosilización dogmática del de la Tercera, culminada en el estalinismo y prolongada por las corrientes contemporáneas del estructuralismo marxista.

Para comprender la primera etapa de este proceso, lo que hemos calificado de desnaturalización, es preciso partir de un conjunto de cambios históricos que tuvieron una fuerte influencia en la llamada «crisis del marxismo» de los años de fines del siglo XIX. El primero fue la situación objetiva del capitalismo europeo, que vivió entonces un momento de auge, superando la crisis de las décadas precedentes, con lo que parecía que su previsto colapso se retrasaba indefinidamente, a la par que se veían surgir nuevos rasgos que explicaban esta supervivencia, como el desarrollo del capitalismo financiero y la expansión imperialista. Por otra parte, el sistema parecía estar aprendiendo a convivir con un movimiento obrero cada vez más inclinado al economicismo sindicalista —a la obtención inmediata de beneficios por la vía de la negociación— y ello parecía alejar la inminencia de un choque abierto entre burguesía y proletariado. El caso más impresionante de esta desmovilización fue, sin

duda, el de la Inglaterra de la segunda mitad del siglo XIX, donde desapareció toda perspectiva de amenaza revolucionaria. Una actuación que combinaba sabiamente las medidas de represión con las de integración —culminada con la política de reformas del partido liberal a comienzos del siglo XX— permitió lograr que el movimiento sindical más poderoso del mundo entrase decididamente por una vía negociadora, con lo que las esperanzas socialistas se desvanecieron, a partir de 1895, y el terreno quedó libre para el llamado socialismo fabiano, que propugnaba una visión evolutiva de la historia —contra la de la lucha de clases del marxismo— como base racionalizadora de una práctica reformista que había de hacer posible que el socialismo se alcanzase de manera gradual y pacífica.¹

Estos cambios se presentaron con caracteres singulares en Alemania, donde al crecimiento económico se sumaba la modificación de las relaciones entre gobierno y movimiento obrero, al abolirse las leyes de Bismarck contra los socialistas e iniciarse el ascenso en afiliación y votos de la socialdemocracia. En este contexto, con un partido socialista que había optado por la lucha parlamentaria en lugar de por la revolución, se produjo la discusión acerca del revisionismo, iniciada por Eduard Bernstein (1850-1932) con la publicación, desde 1896, de una serie de artículos sobre «Problemas del socialismo», reunidos en su libro *Las premisas del socialismo y las tareas de la socialdemocracia*, en 1899. Bernstein defendía la idea de un socialismo evolucionista que tomase el estado por la vía parlamentaria, «para utilizarlo como palanca de la reforma social hasta que alcance finalmente un carácter completamente socialista», y planteaba la necesidad de revisar o abandonar determinados conceptos fundamentales del marxismo, desde su teoría del valor hasta la interpretación materialista de la historia. El escándalo que produjo el libro de Bernstein, contra el cual se alinearon la mayor parte de las grandes figuras de la Segunda Internacional, ocultó entonces que lo único que había hecho era denunciar la necesidad de revisar la doctrina revolucionaria del marxismo para poder ajustarla coherentemente a una práctica política reformista. Porque el carácter reformista y evolutivo del socialismo europeo en estos años no ofrece duda alguna. Contra todas las indignaciones que suscitó, hay que reconocer que Bernstein tenía razón. La concepción de la historia de Marx y su análisis del capitalismo correspondían a un proyecto social de carácter revolucionario. A un proyecto reformista, como el que

ahora se había adoptado, le correspondían una visión evolutiva del pasado —a la manera de la de los fabianos, que habían ejercido fuerte influencia sobre Bernstein— y un análisis del capitalismo contemporáneo que permitiese albergar esperanzas de su transformación. Y tampoco se le puede negar razón cuando pretendía apoyarse en algunos de los textos del Engels maduro, y en especial en sus cartas acerca de la historia, que estaban destinadas, en principio, a atacar ciertas visiones esquemáticas, pero en las que podía advertirse un neto retroceso respecto de la insistencia en el papel de la lucha de clases.²

Bernstein podía tener razón, pero la socialdemocracia alemana, y los partidos de la Segunda Internacional en su conjunto, deseaban seguir conservando los aspectos revolucionarios del marxismo como un elemento de legitimación.* A una concepción de la historia que no se discutía, pero que tampoco se empleaba, se le añadía ahora una visión renovada de la crítica del capitalismo, adaptada a los cambios que se habían registrado en éste —capitalismo financiero y expansión imperialista—, y a estas dos piezas se agregaba una práctica reformista —una acción real y cotidiana, no teorizada claramente, como habían pedido Bernstein o los fabianos, porque resultaba incompatible con las otras piezas del sistema socialdemócrata— y una visión del socialismo como algo que había de alcanzarse en el porvenir, como fruto de una evolución en que el peso de las transformaciones económicas y del avance de la conciencia de clase del proletariado habían de conducir fatalmente a la liquidación del capitalismo. No es difícil advertir estos rasgos en el caso de la socialde-

* Gaetano Arfé nos explica que una de las razones fundamentales que decidieron a los socialistas italianos a oponerse al revisionismo de Bernstein —pese a que en estos momentos su práctica política no podía ser más reformista y menos revolucionaria— fue la de evitar el desconcierto de los afiliados. «Una cierta ortodoxia formal tiene sus razones de ser en un partido todavía joven e ideológicamente muy diverso.» Una cosa era ir actualizando y adaptando el marxismo a las circunstancias contemporáneas —y, entre ellas, a la política de un Turati, coherente con sus postulados de «una lenta y gradual transformación» de la sociedad— «pero proclamar de improviso la crisis, aceptar oficialmente la superación del marxismo, equivaldría a abrir en el partido un vacío peligroso y destruiría aquel vínculo fideístico que ayuda, más que ningún otro, a mantener unida la armazón organizativa» (Gaetano Arfé, *Storia del socialismo italiano, 1892-1926*, Einaudi, Turín, 1962, pp. 98-99).

mocracia alemana, donde Kautsky (1854-1938), después de haberse erigido en defensor de la ortodoxia marxista frente al revisionismo, acabó publicando un gran estudio sobre el materialismo histórico en que sostenía que la concepción materialista de la historia «como doctrina puramente científica, no está en absoluto ligada al proletariado», y que, si resultaba «simpática» a la clase obrera, ello se debía únicamente a que en aquellos momentos servía a sus intereses. El fruto real de la práctica política de la socialdemocracia va a ser el de desmovilizar a las masas trabajadoras alemanas —una vez superadas las amenazas revolucionarias de los años que siguieron al término de la primera guerra mundial—, para conducir las a la tranquila colaboración con el capitalismo, que era el lógico corolario de sus planteamientos teóricos.* Cuando la socialdemocracia alemana abandone el marxismo, después de la segunda guerra mundial, no habrá hecho otra cosa que completar el proceso iniciado a fines del siglo XIX, dando la razón a Bernstein y liquidando lo que se había convertido en una mera liturgia. El programa de Bad Godesberg, de 1959, omite toda referencia a la evolución social, para hablar únicamente de los «valores fundamentales del socialismo», que son libertad y justicia. «De ellos se deduce la política socialista en sus diversas esferas de actividad, y no del discernimiento de leyes del desarrollo histórico supuestamente inevitables.»³

Son también estos años de tránsito de un siglo a otro aquéllos en que, por primera vez, se hace un esfuerzo para difundir a escala del movimiento obrero un pensamiento marxista que hasta entonces sólo era conocido por muy pocos —si exceptuamos el *Manifiesto comunista* y algunas afirmaciones, usadas a modo de jaculatorias—. La necesidad de fijar la ortodoxia frente a la herejía revisionista reforzará aun esta tendencia a la codificación en compendios de fácil

* «El conformismo, que desde el principio ha hallado su comodidad en la socialdemocracia, no se refiere sólo a sus tácticas políticas, sino también a sus ideas económicas. Ésta es una de las razones de su ulterior fracaso. Nada ha corrompido tanto a la clase trabajadora alemana como la idea de nadar a favor de la corriente. El desarrollo técnico era el sentido de la corriente con el cual creía estar nadando. A partir de ello no había más que dar un paso para caer en la ilusión de que el trabajo en las fábricas, por hallarse en la dirección del progreso técnico, constituía por sí una acción política» (Walter Benjamin, «Tesis de filosofía de la historia», en *Para una crítica de la violencia*, Premià, México, 1978, p. 126).

asimilación. Tal es, en última instancia, el objetivo de trabajos como los de Labriola (1843-1904) o Plejánov (1856-1918), para citar dos únicos ejemplos, que han contribuido, sin duda, a difundir el conocimiento de los elementos más rudimentarios del pensamiento marxista, pero que, al propio tiempo, han iniciado el proceso que iba a reducirlo a un esquema muerto, del que difícilmente podía surgir ningún enriquecimiento, a la vez que han llevado a su fragmentación, desgajando la interpretación de la historia de la crítica del presente y del proyecto político. En efecto, Labriola y Plejánov han sido los primeros que han intentado algo que Marx y Engels habían rehusado siempre hacer: ofrecernos una interpretación separada de la concepción materialista de la historia.⁴

El caso de Plejánov y de su *Ensayo sobre el desarrollo de la concepción monista de la historia* (1895) —un extraño título destinado a burlar la vigilancia de la censura zarista— resulta especialmente claro. La exposición que en estas páginas se hace de las raíces históricas del pensamiento de Marx (materialismo francés del siglo XVIII, historiadores de la restauración, socialistas utópicos y filosofía idealista alemana) y de su concepción materialista puede considerarse harto correcta para su tiempo —quiero decir, en la medida en que era posible con el conocimiento que de los escritos de Marx y de Engels se tenía en aquellos momentos, cuando tantas páginas fundamentales estaban por publicar—, pero el resultado final tiene un aspecto catequístico y muerto. Lo que en Marx ha sido concebido como un método abierto, indisolublemente ligado a un proyecto político a largo plazo, se nos presenta aquí cerrado y simplificado, transformado en doctrina, pero en doctrina tan elemental, que resulta difícil ver qué clase de investigación concreta hubiera podido sustentarse en ella. El esquematismo de estas codificaciones puede ayudarnos a entender tanto la incompreensión de Jaurès, a la que nos referiremos seguidamente, como la pobreza de la investigación marxista, algo que Hilferding pretendió justificar, sin razón, por la desconexión de los marxistas respecto del mundo académico,* olvidando que

* «La teoría económica nacional pertenece con toda seguridad a las tareas científicas más difíciles, dada la infinita complejidad de sus manifestaciones. Ahora bien: el marxista se encuentra en una situación muy singular. Excluido de las universidades, que permiten el tiempo necesario para las investigaciones científicas, se ve obligado a no poder realizar

era así como había nacido y se había desarrollado el marxismo.⁵

Sin embargo, el problema de las simplificaciones dogmáticas no iba a hacer más que agravarse con el triunfo de la revolución bolchevique de 1917. La necesidad de difundir los principios que constituían la base ideológica de las nuevas formas de organización de la sociedad, y que justificaban el estado creado para defenderlas, obligaba a preparar exposiciones pedagógicas del marxismo, que ya no habían de ser tan sólo críticas del orden capitalista, sino legitimadoras del nuevo sistema aparecido como consecuencia de la revolución. Si nos fijamos en *El ABC del comunismo*, de Bujarin (1888-1937) y Preobrazhenski (1886-1937), y en *La teoría del materialismo histórico: Manual popular de sociología marxista*, de Bujarin —dos libros que constituyeron, para la generación inmediatamente posterior a 1917, «el saber básico del joven comunista», por el que se pasaba antes de entrar en Marx y en Lenin— comprenderemos los rasgos peculiares de tales intentos. El primero de ellos es, evidentemente, un empobrecimiento teórico que conduce a la fosilización dogmática. Es lo que Gramsci ha denunciado respecto del *Manual* bujariniano: «La reducción de la filosofía de la praxis a una sociología ha representado la cristalización de la dañina tendencia a (...) reducir una concepción del mundo a un formulario mecánico, que da la impresión de tener toda la historia en el bolsillo». Pero había algo más. Una sociología es, fundamentalmente, un análisis de las leyes de equilibrio de una sociedad y presupone la admisión de ésta como marco en que tiene lugar el desarrollo histórico. El análisis crítico se seguirá reservando para la sociedad anterior —como habían hecho los científicos sociales burgueses, al destacar la historicidad del feudalismo y analizar, en cambio, las formas de la sociedad capitalista como racionales, «naturales» y estables: permanentes— mientras que se dará por supuesto que el juego ineluctable de las leyes del desarrollo económico acabará configurando en el seno de la sociedad soviética el socialismo. Así reaparece, curiosamente, ese mismo economicismo de la Segunda In-

su trabajo científico sino en los ratos de descanso que le dejan sus horas de lucha política. Sería injusto exigir de los combatientes que su trabajo en el edificio de la ciencia avance con la misma rapidez que el de los tranquilos albañiles, si ello no revelara la confianza que se tiene en su capacidad de rendimiento» (Rudolf Hilferding, *El capital financiero*, Tecnos, Madrid, 1963, pp. 10-11).

ternacional, que allá servía de justificación del reformismo; así se prepara, también, uno de los pilares del análisis social del estalinismo, con su concepción «científico-naturalista» de la historia y su fe en el juego inevitable de las leyes económicas.⁶

Estos dos rasgos —simplificación catequística y función conservadora al servicio del orden establecido— se reflejarán especialmente en la historia, donde van a cobrar especial relieve después de la crisis de 1927 a 1929, de la que surge el fenómeno que acostumbremos a llamar estalinismo. Un fenómeno que no debe interpretarse, como se hace habitualmente, en términos de psicología personal o de mezquina lucha por el poder, sino como crisis social. Recientemente, Michal Reiman ha propuesto una explicación centrada en el fracaso —evidente hacia 1927, a los diez años de la revolución— en lograr el crecimiento industrial ambicionado y que se suponía una condición para la victoria del socialismo. La propia revolución, al satisfacer una serie de aspiraciones populares, había roto los mecanismos de acumulación de capital existentes con anterioridad, y las destrucciones de la guerra mundial y de la guerra civil habían agravado considerablemente la situación. A fines de 1927 resultaba evidente que no se podía satisfacer las demandas de productos industriales de la población rusa, lo que invalidaba las posibilidades de alcanzar el desarrollo industrial por la vía de la NEP. Y se escogió el salto hacia adelante: la movilización general de los recursos, aun a costa de sacrificar muchas de las conquistas populares obtenidas de la revolución. La función del terror no era tanto la de liquidar la oposición política como la de facilitar este cambio de rumbo; era, en palabras de Reiman, «un medio de transformación violenta de las condiciones de vida y trabajo de millones de personas», que reforzaría las peores formas de opresión social. En este contexto se puede entender el uso que había de hacerse de la versión codificada del materialismo histórico —esa extraña cosa llamada «marxismo-leninismo»— como forma de legitimación, y el grado de distorsión que introduciría su subordinación a las necesidades políticas coyunturales: a las directrices «de partido».⁷

Tras el triunfo de la revolución, los bolcheviques se encontraron con que disponían de un solo historiador con prestigio académico reconocido, Mijail Pokrovski (1868-1932), que puso al servicio de la Rusia soviética su valía intelectual y sus capacidades de organizador político. Ello le indujo a mezclar la tarea del historiador con

las necesidades coyunturales del dirigente de partido, e hizo de él, desde 1920, uno de los primeros acusadores de los historiadores burgueses, cuya actividad se había tolerado hasta entonces. Los grandes debates internos de los historiadores marxistas en estos años fueron los relacionados con el modo de producción asiático, con el desarrollo del capitalismo en Rusia y con el papel de los bolcheviques en la Segunda Internacional. Dejando para más adelante el primero, el de mayor trascendencia teórica, los otros dos pueden ilustrarnos acerca de la subordinación progresiva de la investigación histórica a las luchas internas del partido. Pokrovski había apoyado la idea de un temprano desarrollo capitalista, que servía de apoyo a la teoría del socialismo en un solo país; pero una vez ganada esta batalla, las necesidades de los años del primer plan quinquenal exigían modificar la óptica, para destacar el atraso de la Rusia prerrevolucionaria, en contraste con las conquistas de la planificación, lo que exigió arrumbar el temprano capitalismo comercial ruso. Peor fue lo sucedido en la disputa sobre la actuación de los bolcheviques en la Segunda Internacional. Aquí los propios historiadores se descalificaban, acusándose de mencheviques y de poco marxistas, y acabaron pidiendo el arbitraje de los políticos. Cuando éste llegó, con la carta de Stalin «Algunas cuestiones de historia del bolchevismo», publicada en octubre de 1931, fue para ver como se acusaba de «antipartido y semitrotskistas» a quienes se atrevían a poner en duda que Lenin hubiese luchado contra el centrismo socialdemócrata antes de 1914,* fulminando a las «ratas de archivo» que pretendían argu-

* Un año antes, un amigo de la revolución, Panait Istrati, señalaba el tremendo avance del dogmatismo, partiendo de la anécdota vivida cuando una niña de siete años, interrumpiendo la conversación que mantenía Istrati con su padre, le había amonestado: «Lenin no se ha equivocado jamás». «Os cito estas palabras de una niña sólo para indicar el peligro que presenta, desde el punto de vista de la formación de la joven generación soviética, la canonización de un Lenin genial, infalible, aplastante, que ha hecho solo la revolución de octubre (nada es más falso), ninguna de cuyas palabras puede ser puesta en duda, que basta con citar bien para tener razón, y cuya interpretación, además, está rigurosamente reservada a los dirigentes del partido. Toda la enseñanza del estado, toda la propaganda del partido, toda la doctrina difundida por la prensa se fundan en esta doctrina oficial, cuyas deformaciones utilitarias, con frecuencia sorprendentes, han podido seguirse en el curso de los últimos años. Las revistas de cine, de deportes, de ferroviarios, de jugadores de ajedrez, de

mentar su tesis con la falta de documentos que demostrasen la postura políticamente correcta. La misión del historiador quedaba reducida a apoyar las necesidades políticas coyunturales, aunque fuese a costa de desmentir hoy lo que había afirmado ayer. Pokrovski murió a tiempo de ahorrarse ver cómo, en 1938, sus interpretaciones de la historia rusa eran descalificadas oficialmente —acusándole de «distorsión antimarxista» y de «vulgarización»—, en momentos en que interesaba recuperar una visión más patriótica.⁸

El problema del «modo de producción asiático», aunque nacido de coordenadas políticas semejantes, iba a tener más trascendencia, puesto que implicaba cuestiones fundamentales en la comprensión del marxismo. En el prefacio a la *Contribución a la crítica de la economía política*, Marx había escrito: «Esbozados a grandes rasgos, los modos de producción asiático, antiguo, feudal y burgués moderno pueden ser designados como otras tantas épocas progresivas de la formación social económica». Si a eso se le añade, por un extremo, el comunismo primitivo, y el socialismo, por el otro, tenemos un conjunto de seis etapas; pero mientras cinco de ellas pueden enlazarse en una secuencia (y pueden convertirse en pauta interpretativa de la historia universal), la sexta, el modo de producción asiático, queda descolgada, sin que se vea cómo encajar, por ejemplo, en la historia europea una fase que se ha construido sobre el modelo de las sociedades hidráulicas de Asia. El problema tomó naturaleza política con motivo de las discusiones acerca de la política a seguir en China. Quienes interpretaban que la sociedad china se encontraba en una fase feudal, propugnaban la alianza de los comunistas con la burguesía nacional; si se suponía que lo que dominaba en China eran ya las relaciones capitalistas, como pensaba Trotski, había que buscar la hegemonía del proletariado. Pensar en algo así como que se estaba en la transición del modo de producción asiático al capitalismo, en cambio, dejaba a los fabricantes de recetas teóricas sin argumentos para plantear una línea política. El resultado, como es bien sabido, es que la política china resultó un tremendo desastre,

las jóvenes madres o de los tribunales publican muchas veces al año retratos de Lenin acompañados de artículos *ad hoc*. Hay ahí una forma de eliminar a los vivos para dejar todo el espacio al muerto que conviene a una burocracia más experta en el arte de comentar los textos que en la búsqueda intelectual» (Panait Istrati, *Soviets 1929*, Rieder, París, 1929, pp. 168-170).

saldado a costa de muchas vidas humanas. En las reuniones celebradas en Tiflis y Leningrado, en 1930 y 1931, los historiadores rusos decidieron desembarazarse del modo de producción asiático,* considerado por algunos como una forma peculiar del feudalismo en Oriente, con lo que se despejó el camino para construir un esquema cerrado de cinco etapas, que fue consagrado por Stalin en 1938: «La historia conoce cinco tipos fundamentales de relaciones de producción: la comunidad primitiva, la esclavitud, el régimen feudal, el régimen capitalista y el régimen socialista». Con ello tenemos un «esquema único y necesario por el cual han de pasar todas las sociedades»: un armazón que el historiador ha de rellenar con hechos.** El camino para convertir el materialismo histórico en una filosofía de la historia —algo contra lo que Marx había luchado explícitamente— había llegado casi a su término.⁹

* Una víctima de este debate fue, en cierto modo, Karl A. Wittfogel, experto en asuntos asiáticos de la Internacional comunista, defensor de una interpretación sobre la base de suponer la existencia de un modo de producción asiático en China, que acabó rompiendo con el comunismo y metamorfoseando su tesis en *El despotismo oriental*, libro aparecido en Estados Unidos en 1957, donde el análisis de las sociedades asiáticas antiguas le servía, ahora, para hacer un paralelo entre el despotismo oriental de las sociedades hidráulicas y el del socialismo actual (caracterizado como un sistema esclavista de base industrial). Wittfogel no se contentó con esta sorprendente utilización de sus viejos análisis marxistas, sino que colaboró entusiásticamente en la «caza de brujas» del maccartismo, hasta extremos que sus propios colegas académicos consideraron excesivos.

** Un ejemplo divertido de las consecuencias a que puede llevar la universalización forzosa del esquema nos lo da Manuel Moreno Friginals: «El libro de historia que más se vendió en Cuba —se editaron cerca de un millón de ejemplares— decía cosas como éstas, ya que había que ajustar un esquema marxista a una realidad histórica: la etapa de la comunidad primitiva, ya la tenemos resuelta; son los indios tainos que viven en Cuba. Hay esclavismo: son los esclavos indios y los esclavos negros. Después venía el feudalismo, y no tenían donde meterlo porque les coincidía con el esclavismo, y lo solucionaron de una manera genial: el patronato correspondería a esta etapa, ya que sirve de puente entre la esclavitud y el movimiento asalariado. Entonces hay un feudalismo que comenzó el día 10 de enero de 1883 y terminó el 15 de marzo de 1885. Resuelto el problema. Lógicamente, después venía el capitalismo y ya tenemos escrita la historia de Cuba» (M. Moreno Friginals, «La nueva historia cubana», en *Quaderns del Centre de Treball i Documentació*, n.º 1, 1981, pp. 67-86; cita literal de la p. 74. Transcripción de una charla dada el 26-IX-1979).

La aparición de un academicismo marxista se caracteriza por una serie de rasgos que recuerdan procesos semejantes de fosilización de un pensamiento revolucionario, en otros momentos de la historia, cuando los grupos dominantes consideran que ya han completado su revolución y que han establecido las condiciones para «evolucionar» hacia las metas fijadas, lo que conduce a pensar que cualquier nueva tentativa para subvertir el orden establecido es contrarrevolucionaria, y frenan la vertiente crítica de su pensamiento, que sólo se ejerce ahora hacia el pasado. La historia se pone entonces al servicio de la consolidación del sistema, se fosiliza y no conserva más que ecos de la vieja terminología revolucionaria.

El primero de tales rasgos es la separación entre una teoría esclerotizada y una práctica que, pese a todo su empacho de citas de Marx, se ha convertido en meramente positivista. La mayor parte de lo que se produce en la Unión Soviética en materia de teoría de la historia es pura fraseología de escolasticismo marxista, bien sea en elucubraciones filosóficas que apenas si han cambiado del estalinismo para acá,* bien en catecismos que no se distinguen demasiado de los utilizados, en otros lugares, para la enseñanza de la religión, y donde las citas de los santos padres fundadores del marxismo se utilizan para acabar concluyendo que «los filósofos marxistas unen las palabras con los hechos, la teoría con la práctica, la filosofía con la política del Partido Comunista y del Estado Soviético». Y donde

* Véase, como ejemplo, la forma en que resuelve el problema de la lista cerrada de los modos de producción —o «formaciones socioeconómicas», que es lo mismo para los filósofos soviéticos— un autor reciente («doctor en ciencias filosóficas, profesor y destacado filósofo soviético», según reza la cubierta de su libro). Tras afirmar que «en los círculos científicos no han terminado las discusiones referentes al número de las formaciones socioeconómicas», y que el problema del modo de producción asiático «provoca las más agudas polémicas», concluye: «Sin detenernos de modo especial sobre estos problemas en discusión, expondremos lo que ha sido establecido sólidamente por la ciencia. Con plena certeza puede hablarse de cinco formaciones socioeconómicas, que son las etapas fundamentales de la historia de la humanidad, las etapas más importantes del progreso social. Se trata del régimen de la comunidad primitiva, de la sociedad esclavista, de la sociedad feudal, de la sociedad capitalista y de la sociedad comunista, cuya primera fase —el socialismo— ha sido construida ya en muchos países del mundo» (J. Mondzhián, *Etapas de la historia. Teoría marxista de las formaciones socioeconómicas*, Progreso, Moscú, 1980, pp. 49-50). Para eso no hacía falta defenestrar a Stalin.

la visión de la historia se contenta con simplificaciones tan elementales como la de afirmar que «las insurrecciones de los esclavos llevaron a la ruina a la sociedad esclavista y a la aparición de la formación feudal». Por otro lado, las publicaciones más comprometidas, como son las historias oficiales de la Revolución bolchevique, son productos del más estricto positivismo, meros relatos de hechos, donde lo único que importa es calibrar adecuadamente la importancia que se da a cada protagonista, de acuerdo con las consignas «de partido» vigentes. La subordinación a la coyuntura política puede llegar a extremos tan aberrantes como el que se produce cuando dos sesudos miembros de la Academia de Ciencias deciden, en 1964, que «en los últimos años han aparecido en la esfera de la ciencia histórica de la República Popular de China algunas tendencias equivocadas,* que están estrechamente conectadas al curso político, generalmente incorrecto, de la dirección del Partido Comunista de China», sin advertir que ello constituye una confesión de que las «tendencias» en la «ciencia histórica» suelen acomodarse al «curso político» que señalan los dirigentes de los partidos.¹⁰

Uno de los fenómenos más reveladores lo tenemos en el hecho de que mientras historiadores marxistas realmente creadores han de enfrentarse a graves dificultades, como ha sucedido en Checoslovaquia, se admite sin ningún inconveniente, como sucede en Polonia, que renazcan las formas más conservadoras del viejo academicismo burgués, sin más requisito que el de aderezarlas con un poco de terminología marxista. Que se trate de sostener posturas radicalmente opuestas al marxismo no importa con tal que no induzcan a un análisis crítico del presente. Tal es el caso de Witold Kula, quien en sus *Problemas y métodos de la historia económica* se muestra hostil a cualquier proyecto de «historia integral» y partidario de una historia económica especializada, lo que es rigurosamente antimarxista, por muchas salmodias que se incluyan en el texto (algunas tan risi-

* Luego resulta que las «tendencias equivocadas» que se denuncian se concretan en acusaciones de racismo y de nacionalismo burgués, bien ilustradas por la divertida historia del supuesto descubrimiento de América, en el siglo v, por un monje budista chino —sensacional hallazgo del que el maosismo trató de sacar políticamente partido. Las críticas son perfectamente válidas, pero tales «tendencias», ni datan del cambio en las relaciones políticas entre China y la Unión Soviética, ni eran más graves en Pekín que en Moscú.

bles como la de asegurar que «la ciencia histórica polaca de la posguerra tiene cada vez más en cuenta la opinión de las masas populares»). Nada tiene de extraño, por consiguiente, que cuando Kula se pone a teorizar sobre el feudalismo, el producto resultante pueda ser criticado tanto por su debilidad como por un eclecticismo teórico que «recoge en sus alforjas un conjunto muy amplio de herencias que proceden desde Adam Smith hasta el marginalismo», sin pasar por el marxismo. Más característica resulta todavía la llamada «escuela de Poznan», cuyo miembro más conocido es Jerzy Topolski, quien ha publicado una *Metodología de la investigación histórica* que hará la felicidad de cualquier aficionado al escolasticismo verbal. La furia clasificatoria sustituye, como es usual en tales productos, a la reflexión: la metodología se divide en tres partes (objetual, pragmática y apragmática), las leyes históricas en tres categorías (sincrónicas, diacrónicas y sincrónico-diacrónicas), y el conjunto del saber histórico se codifica en diez leyes, la última de las cuales, la de la lucha de clases, toma esta formulación, que parece sacada de un manual de sociología funcionalista: «en una sociedad de clases contrapuestas y portadoras, al propio tiempo, de intereses contrastados, se desarrollan posiciones antagónicas, que consisten, en último análisis, en el hecho de que una de las clases tiende a la conservación del tipo de relaciones existentes, mientras que la otra desea su cambio; esto significa que las acciones de una clase provocan contracciones de la clase opuesta, lo que determina el proceso de los cambios sociales». No habrá de sorprender que la práctica de investigador de Topolski le conduzca a resultados paralelos a los de la escuela de *Annales*, con la que todo el grupo tiene una considerable afinidad. Así llega a la conclusión de que «fue precisamente el aumento de la actividad económica de la nobleza (observada en Europa desde fines de la Edad Media) la que constituyó el impulso que dio inicio a los procesos de acumulación originaria y, en consecuencia, al nacimiento del capitalismo».¹¹

Si, como se ha visto, en los países de cultura oficial marxista el academicismo se sucedió a sí mismo, sin que se pueda decir que la liquidación del estalinismo implicara grandes cambios en la historiografía oficial, en el occidente europeo la liberación de los férreos esquemas de los manuales estalinistas inició un proceso de discusión renovadora. Al propio tiempo, sin embargo, otros esquematismos vinieron a suplir a los arrumbados y lo hicieron con un éxito consi-

derable, puesto que facilitaban un acceso rápido al trabajo teórico y permitían la redacción de catecismos, con los que se podía difundir la enseñanza del marxismo —de un cierto marxismo reducido a esquemas mínimos, por lo menos— y ofrecer unas pautas interpretativas de la historia que, por pobres que fuesen, resultaban más satisfactorias que las del academicismo dominante. Amparado por una cobertura filosófica de apariencia respetable, el estructuralismo marxista se convirtió en la forma dominante de difusión del marxismo en la Europa occidental y en la América latina.

La cobertura filosófica le venía dada sobre todo por Althusser, quien, tras criticar «la confusión que reina en el concepto de historia», organizó su reestructuración desde el territorio de la filosofía. El modo de producción resultó dividido en estructuras regionales (económica, jurídico-política, ideológica) y se estableció todo un juego de relaciones entre ellas, con el que se pretendía resolver todas las contradicciones (así, por ejemplo, se podía dar satisfacción a los sectores más reaccionarios del academicismo, diciendo que en el feudalismo era la «instancia jurídico-política» la que dominaba, etcétera). Partiendo de una combinatoria de conceptos abstractos se pueden resolver en el plano «teórico» todos los problemas. Una de las formas de hacerlo consiste, por ejemplo, en fabricar un nuevo «modo de producción» —doméstico, tributario, parcelario— al que se le asignan las características que parecen advertirse en el caso que se está estudiando, con lo que se cae en la vieja trampa de sustituir una auténtica elucidación por una reformulación: de dar una solución meramente verbal a las cuestiones planteadas. El secreto consiste en que el razonamiento se mueva siempre en el plano de la máxima abstracción —de la «teoría»— y en que, una vez concluida su operación, acuda a la realidad tan sólo para buscar ejemplos con que ilustrar los resultados. Acomodada de este modo a unos esquemas prefabricados —encajada en ellos—, la realidad no desmiente nunca los resultados de la teorización estructuralista. Los efectos del althusserismo se pueden advertir claramente en sus derivados. En el terreno «teórico», el catecismo de Marta Harnecker explica todo lo que hay que saber sobre teoría de la historia en 30 páginas de pequeño formato que se basan exclusivamente en Althusser, Lenin y Mao Tse-tung (por este orden), y que no contienen ni una sola alusión a algún problema histórico concreto, a algún debate de método. En el terreno de la aplicación de los esquemas a la realidad

—no se la puede llamar propiamente «investigación»— las simplificaciones mecánicas de Poulantzas muestran la pobreza de los resultados que se obtienen. Llevando esta misma línea de pensamiento a su lógica conclusión, dos sociólogos británicos, Hindess y Hirst, afirmaban que la historia era mero conocimiento empírico que no servía para nada y proponían un materialismo histórico reducido a «una teoría general de los modos de producción». Claro que a los dos años descubrían que el concepto de modo de producción no les servía tampoco; pero es que el alejamiento gradual de los hechos concretos —que Hindess y Hirst no usan ya ni como ilustración— permite aumentar la velocidad de elucubración y multiplicar hasta el infinito la cantidad de necesidades «teóricas» producidas.¹²

Si cuando se llega a estas formas más extremas el estructuralismo acaba destruyéndose a sí mismo, hay toda una gama de posiciones más matizadas que son aceptadas habitualmente como válidas. Todas coinciden en utilizar una terminología marxista, aunque su relación con el materialismo histórico sea muy diversa. Difieren entre sí, por el contrario, en su grado de abstracción. Entre las formas más extremadas encontraríamos las proposiciones de Samir Amin, que reconstruye toda la historia de África en un esquema simplista y propone una nueva lista de modos de producción para interpretar la historia mundial: 1) el modo de producción comunitario primitivo, 2) el tributario (del que el feudal es una especialización regional), 3) el esclavista, 4) el mercantil simple y 5) el capitalista. Entre las más cercanas al trabajo normal del historiador, la de Perry Anderson, que trata de reinterpretar la historia europea a la luz del marxismo y ha formulado algunas hipótesis interesantes, pero que procede igualmente a partir de unos esquemas teóricos rellenos con evidencias históricas de segunda mano.¹³

A los dos últimos estructuralistas de esta rápida revisión habremos de referirnos también al hablar de las discusiones en torno al origen del capitalismo. André Gunder Frank, uno de los padres de las interpretaciones que ven el subdesarrollo actual como un producto natural y necesario del desarrollo capitalista de las metrópolis, ha añadido hace poco a su análisis un intento de fundamentación histórica, que no va mucho más allá de una compilación de citas. Partiendo del mismo esquema gunderfrankiano, Immanuel Wallerstein ha puesto el acento en el estudio del desarrollo, del nacimiento del capitalismo, visto como hacía Gunder Frank en un escenario geográfico, pero

convirtiendo su esquema binario en otro ternario, integrado por las naciones del centro, las periféricas explotadas por aquéllas y las de la semiperiferia, que actúan de manera intermedia (como explotadas por el centro y explotadoras de la periferia).^{*} Wallerstein pretende también aplicar este mismo esquema ternario a la estructura de clases, y contrapone, a la estructura binaria típica de la lucha de clases, otra ternaria, con un plano social intermedio, que cumple objetivos de estabilización. Y lo que es más: nos asegura que las clases dominantes tratan siempre de mantener una estructura en tres estratos, que garantiza la estabilidad, mientras que las explotadas intentan forzar la polarización en dos, para llegar al enfrentamiento y la ruptura. A todo ello se añade recientemente un tercer mecanismo: la recuperación de las ondas Kondratieff, fases cíclicas de medio siglo de duración, que se irían alternando desde el siglo XIV, provocando sucesivos ascensos y descensos en la población, los precios, la producción, la expansión del «sistema mundial» y la «estructura social de la acumulación». Con todos estos elementos el estructuralismo wallersteiniano se aproxima cada vez más a una morfología. Hay que decir, en su favor, que la operación de llenar los esquemas con datos se hace en este caso de manera mucho más amplia y rigurosa que en cualquiera de los citados anteriormente —de manera que, en el peor de los casos, los libros de Wallerstein son útiles como guía bibliográfica—, pero este acopio es, como siempre en el estructuralismo, pasivo, sin ninguna aportación personal: el contacto con la realidad está siempre mediatizado por el trabajo de otros investigadores cuyos resultados se encajan en el esquema teórico prefabricado. Por muchas razones el lugar de Wallerstein no debería estar en un capítulo sobre el marxismo —ni que sea un marxismo degradado—, sino cercano a la *social history* o al eclecticismo académico de la escuela de *Annales*.¹⁴

* La interpretación de Wallerstein es mucho más compleja que esto e incluye una elucubración acerca de los «sistemas mundiales» (imperios mundiales y economías mundiales) y de sus características, con la que se pretende explicar las razones del surgimiento y triunfo del capitalismo, cuyo secreto residiría en haber organizado la división del trabajo a escala mundial, sin haber de pagar los costes burocráticos de un sistema político unificado, etc. La verdad es que cualquier intento de explicar aunque sólo sea el vocabulario básico —la jerga— de Wallerstein requeriría varias páginas de este libro, espacio totalmente desproporcionado con la importancia real del invento.

CAPÍTULO 13

EL MARXISMO EN EL SIGLO XX. II: DESARROLLO Y RENOVACIÓN

Contra lo que pretenden ciertos planteamientos simplistas, se va a sostener aquí la tesis de que la renovación del marxismo no es algo que se inicie en algún momento —al término de la segunda guerra mundial, a la muerte de Stalin, etc.—, después de un largo período de fosilización, sino que las tendencias que habían de enriquecer y de empobrecer, respectivamente, al marxismo han coexistido en él desde la muerte de Engels. El terreno de la historia permite advertir perfectamente este hecho.

Las dos primeras obras que abren perspectivas de renovación en la historiografía marxista son de fecha temprana, concebidas poco después de la muerte de Engels. Las dos resultan en cierta manera atípicas —la primera por haber sido pensada más como investigación de economía que de historia; la segunda por concebirse en las fronteras del materialismo histórico—, pero de las dos debe hablarse aquí por la trascendencia que tendrán. La primera es *El desarrollo del capitalismo en Rusia*, de Lenin (1870-1923), escrita en el destierro de Siberia y publicada en 1899 como un argumento para la lucha política contra el populismo. Aunque no sea exactamente un libro de historia, el modo en que Lenin analizaba en él procesos como la desintegración del campesinado tradicional o la formación del mercado nacional han servido de lección para los historiadores marxistas posteriores.¹

La segunda pertenece al socialista francés Jean Jaurès (1859-1914), profesor de filosofía y buen conocedor del pensamiento alemán, que llegaría al socialismo moderado desde el republicanismo

burgués, se enfrentaría a los grupos más radicales y mantendría una postura ambigua frente al pensamiento marxista, aunque ello deba entenderse más que nada como un distanciamiento respecto de los presuntos herederos de Marx con los que había de convivir. En 1894 Jaurès pronunció en París, ante el Grupo de estudiantes colectivistas, una conferencia sobre *Idealismo y materialismo en la concepción de la historia*, donde manifiesta una actitud ecléctica, admitiendo que las fuerzas económicas son el motor del cambio histórico, pero que la dirección en que se efectúa este cambio viene determinada por la aspiración perdurable del hombre a la justicia, que es lo que explica que exista un progreso en términos que no pueden reducirse al mero crecimiento económico. El argumento es trivial, pero no se entiende si no se toma en cuenta, al propio tiempo, la respuesta «ortodoxa» que le daría Paul Lafargue, en una réplica pronunciada en enero de 1895, y que caería en el economicismo más elemental, al hacer afirmaciones como ésta, de neto sabor reformista: «Somos comunistas porque estamos convencidos de que las fuerzas económicas de la producción capitalista llevan fatalmente a la sociedad hacia el comunismo», y dar por supuesto que bastaría la nacionalización de los medios de producción para que «la paz y la felicidad vuelvan a florecer sobre la tierra». Cuando del terreno de la teoría pasamos al de la práctica historiográfica, la *Historia socialista de la revolución francesa* de Jaurès se nos presenta como una obra excepcional, que analiza el trasfondo económico y lo relaciona con los enfrentamientos de clase con una sagacidad que no se encontrará, en muchos años, en la historiografía marxista más ortodoxa.²

Pero la mejor forma de entender lo que significaba la aportación de Jaurès es examinar su influencia. Discípulo suyo, y partícipe de posturas de una ambigüedad semejante a la del maestro, será Ernest Labrousse. Sólo que, cuando pasamos de las propuestas acerca de una especie de tercera vía entre la «historia materialista» y la «idealista» a su obra de investigador, las cosas se aclaran. En su *Esquisse du mouvement des prix et des revenus en France au XVIII^e siècle* (1933) ha partido del estudio de los precios y de los ingresos con el fin de investigar «la historia de la condición de las personas en el siglo XVIII, en la medida en que ésta depende del movimiento del salario y de la renta». Sus conclusiones ilustran la forma en que se produce el enriquecimiento de unos sectores sociales a costa de la pauperización de otros, y en que se nutren las tensiones que condu-

cirán al estallido de la Revolución francesa.* La obra de Labrousse no sólo ha servido para iluminar la génesis de la Revolución, sino que ha aportado un conjunto de herramientas con las que los historiadores pueden pasar del estudio de los datos básicos de la economía —producción y precios— al de las repercusiones que su fluctuación tiene en las diversas clases que integran la sociedad. No habrá de extrañar, por consiguiente, que Labrousse haya influido en Pierre Vilar, situado ya inequívocamente dentro del territorio del marxismo, y que por este camino la corriente iniciada en Jaurès, heredera de la tradición del socialismo francés, haya acabado revirtiendo en el cauce del materialismo histórico.³

Después de la primera guerra mundial, la resistencia a la desnaturalización «economicista» y «cientifista» del marxismo, que se estaba produciendo tanto en la socialdemocracia alemana como en la Rusia soviética, aunque de manera distinta, inspiró la labor inicial del Instituto de investigación social de Frankfurt, fundado en 1923 como un centro para la investigación marxista (aunque posteriormente, y en manos de Horkheimer, derivó a los terrenos de la llamada «sociología crítica», más académicos y nada comprometidos políticamente), así como la obra de tres pensadores marxistas: Georg Lukács (1885-1971), Karl Korsch (1886-1961) y Antonio Gramsci (1891-1937). Las posturas de los dos primeros fueron conocidas muy pronto, con la publicación, en 1923, de *Historia y conciencia de clase*, de Lukács, y de *Marxismo y filosofía*, de Korsch. La de Gramsci, en cambio, no lo sería hasta mucho más tarde, como tendremos

* «El bosquejo del movimiento de los ingresos en el siglo XVIII se presenta en su conjunto, con las siguientes características: alza de larga duración del salario, acumulación de la renta en un sector de la sociedad, con mayor intensidad en el feudal, pero también en manos de los otros propietarios vendedores, pauperización de la masa de la nación (...). La gran aristocracia terrateniente (...) saborea sus últimas horas ignorantes y apacibles. Muy cerca de ella los propietarios burgueses y una pequeña parte de los propietarios campesinos se benefician, aunque en menor medida, de la misma corriente. Pero una corriente opuesta aleja cada día más de esas orillas afortunadas a la masa de los cultivadores, a la masa de los trabajadores. Tormentas cíclicas, cada vez más violentas, los asaltan. Es con ocasión de una de ellas, cuando el movimiento de larga duración de los precios de los cereales alcanza su máximo (...), cuando estalla la revolución» (E. Labrousse, *Fluctuaciones económicas e historia social*, Tecnos, Madrid, 1962, pp. 318-319).

ocasión de ver. Lukács ha explicado así el sentido de su labor: «En los años veinte, Korsch, Gramsci y yo tratamos, cada uno a nuestro modo, de enfrentarnos con el problema de la necesidad social y con la interpretación mecanicista que era la herencia de la Segunda Internacional. Heredamos este problema, pero ninguno de nosotros —ni siquiera Gramsci, que era tal vez el mejor de nosotros— lo resolvió». Pero la verdad es que su combate contra la fosilización marxista acabaría ejerciendo una fuerte, aunque tardía, influencia. De este punto de partida Lukács derivaría, en buena medida a causa de su infortunada y compleja historia política, a ocuparse de cuestiones más estrictamente filosóficas y culturales. Desvinculado de toda militancia, Korsch mantendría la lucha contra Kautsky en *El materialismo histórico* (1929), intentaría una lúcida revalorización de la vertiente revolucionaria del pensamiento de Marx en su *Karl Marx* (1938), y seguiría planteando los presupuestos de un marxismo revolucionario en escritos como *Por qué soy marxista* (1935). La muerte le sorprendió trabajando en un intento de actualización del pensamiento marxista por el doble camino de su extensión del ámbito europeo al mundial y de la necesidad de adaptarlo a los cambios sobrevenidos en la sociedad capitalista y al avance de las ciencias. «Su texto inacabado, *Manuscrito de aboliciones*, es un intento de desarrollar una teoría marxista del desarrollo histórico en términos de la abolición futura de las divisiones que constituyen nuestra sociedad —tales como la división entre clases distintas, entre campo y ciudad, entre trabajo físico e intelectual.»⁴

Antonio Gramsci, dirigente del partido comunista italiano, fue encarcelado en 1925 por el régimen fascista y vio confirmada su sentencia en 1928, a instancias de un fiscal que deseaba «impedir que este cerebro funcione durante los próximos veinte años». Pero si el encierro aceleró su muerte, que se produjo en 1937, no sólo no le impidió pensar sino que estimuló la reflexión que había de cristalizar en sus *Cuadernos de la cárcel*, publicados póstumamente, de 1948 a 1951. El punto de partida de sus reflexiones es el rechazo del economicismo, del mecanicismo vulgar que busca una explicación inmediata de todos los hechos políticos e ideológicos en causas económicas. Gramsci señala la necesidad de distinguir entre aquellas modificaciones económicas que afectan profundamente la estructura misma, que son «relativamente permanentes» y que tienen repercusiones sobre los intereses de clases sociales enteras, y las que son

simples variaciones ocasionales (coyunturales), que no modifican la estructura de manera decisiva y no afectan más que a los intereses de pequeños grupos de la sociedad. El determinismo postulado por el marxismo se refiere a las variaciones «orgánicas», duraderas y profundas, que tienen consecuencias importantes para la lucha de clases, y no a las razones económicas inmediatas y coyunturales de la lucha de grupos, o de individuos, cuyo estudio cae dentro del terreno de la historia política tradicional. Sólo respecto de las primeras puede tener sentido la afirmación de Marx según la cual los hombres toman conciencia en el terreno de la ideología de los conflictos que se manifiestan en la estructura económica.

Esta estructura no es, para Gramsci, un simple concepto especulativo, sino algo concreto y real que puede analizarse con los métodos de las ciencias naturales. Sólo que su estudio no puede hacerse por separado, puesto que «la estructura y las superestructuras forman un *bloque histórico*, esto es: el conjunto complejo, contradictorio y discordante de las superestructuras es el reflejo del conjunto de las relaciones sociales de producción». Sabe, además, que la evolución de una sociedad no es uniforme: «La vida no se desarrolla homogéneamente; se desarrolla por avances parciales, de punta; se desarrolla, por decirlo así, de forma *piramidal*». Si el conjunto de las relaciones sociales es contradictorio, lo será también la conciencia de los hombres, y esta contradicción «se manifiesta en la totalidad del cuerpo social, con la existencia de conciencias históricas de grupo (con la existencia de estratificaciones correspondientes a diversas fases del desarrollo histórico de la civilización y con antítesis entre los grupos que corresponden a un mismo nivel histórico), y se manifiesta en los individuos aislados como reflejo de esta disgregación *vertical y horizontal*». Ese mismo sentido de la complejidad de la evolución social, que sustituye a la linearidad elemental de tantos planteamientos marxistas escolásticos, le lleva a decir: «La realidad es rica en las combinaciones más extrañas, y es el teórico quien está obligado a buscar la prueba decisiva de su teoría en esta misma extrañeza, a *traducir* en lenguaje teórico los elementos de la vida histórica, y no, viceversa, la realidad la que ha de presentarse según el esquema abstracto».*

* Gramsci dio una de sus mejores definiciones de la historia en la carta escrita a su hijo Delio poco antes de morir. En ella le dirá: «Querí-

Una de las aportaciones más interesantes de Gramsci es su reflexión sobre los mecanismos por los cuales una clase puede ejercer la dominación sobre las otras, estableciendo su hegemonía no sólo por la coerción, sino mediante el consenso, transformando su ideología de grupo en un conjunto de verdades que se suponen válidas para todos y que las clases subalternas aceptarán, hasta que llegue el momento en que, habiendo cambiado las condiciones, la hegemonía se resquebraja, las clases subalternas cobran conciencia de sus intereses particulares y de las contradicciones que las enfrentan a los grupos que dominan el aparato del estado, y formulan unos nuevos principios que han de permitir avanzar hacia una nueva etapa de crecimiento, con otra situación de hegemonía y unas nuevas relaciones de producción. A establecer un programa de análisis para la investigación de estos procesos se dedican algunas de las páginas más interesantes de los cuadernos gramscianos.⁵

La influencia del pensamiento de Gramsci ha sido decisiva para la aparición y desarrollo en Italia, al término de la segunda guerra mundial, de unas corrientes de historiografía marxista vivas y abiertas, nada dogmáticas, que contrastan con la vaciedad del marxismo escolástico. Repasando los temas en que se había dejado sentir mayormente la lección de Gramsci, Renato Zangheri señalaba el esfuerzo por «repensar críticamente la formación de la sociedad moderna y del estado unitario», lo que se ha manifestado en una fecunda reconsideración de las relaciones entre el norte y el sur, y ha conducido a estudiar con una nueva óptica el Risorgimento, o a analizar el trasfondo del fascismo. Pero la influencia va mucho más allá de lo estrictamente temático; de la experiencia de estos años de posguerra

sale consolidada la idea gramsciana de la historia como instrumento de análisis y de comprensión del presente, como instrumento de la

dísimo Delio: Me siento un poco cansado y no puedo escribirte mucho. Tú escíbeme siempre y de todo lo que te interesa en la escuela. Yo creo que la historia te gusta, como me gustaba a mí cuando tenía tu edad, porque se ocupa de los hombres vivos, y todo lo que se refiere a los hombres, al mayor número posible de hombres, a todos los hombres del mundo en cuanto se unen entre sí en sociedad, y trabajan, y luchan y se mejoran a sí mismos, no puede dejar de gustarte más que cualquier otra cosa. Pero ¿es así? Te abrazo. Antonio» (A. Gramsci, *Lettere dal carcere*, Einaudi, Turín, 1968², p. 895).

construcción de una prospectiva para las fuerzas que actúan, en el presente, en favor de una transformación socialista. Así la crítica del pasado se convierte en superación del pasado. No es la contemporaneidad crociana, tautológica, de la historia, ni una unidad dogmática del pensar y el hacer, que siempre ha subordinado el pensar, a la manera estalinista, al hacer cotidiano. Un gran empeño revolucionario requiere un gran respiro histórico y cultural: se nutre de él, saca de él rigor y perspectiva.⁶

Las historias del pensamiento marxista suelen contentarse, al hablar del período entre 1920 y 1939, con dar por supuesto que en la Unión Soviética todo quedó asfixiado por el dogmatismo estalinista y que en occidente no hubo gran cosa más que aquello de que hemos hablado: la escuela de Frankfurt, Lukács, Korsch y Gramsci. Tal actitud, que deriva de una injustificada identificación entre pensamiento marxista y filosofía (en el sentido más especializado y académico del término), llega a ser racionalizada por Perry Anderson, que asegura que la burocracia de los partidos comunistas se reservó el derecho a opinar acerca de los grandes problemas políticos y económicos, y que ello explica que el marxismo «occidental» abandone en estos años tales problemas para concentrarse en la filosofía. Esta interpretación es inadmisibles. No se puede, en la Unión Soviética, reducir el panorama al dogmatismo de los catecismos teóricos y al oportunismo de las historias de la revolución y del partido. De otro modo no hay manera de explicar obras de tanta valía como las de Victor Dalin, Boris Pórshnev, Lublinskaya o Ado, para citar unos ejemplos. Y, por lo que se refiere al marxismo llamado «occidental», es imposible hacer su historia omitiendo la referencia a economistas de tanta valía como Michal Kalecki (1899-1970), Oskar Lange (1904-1965), Maurice Dobb (1900-1976) y Joan Robinson, o a historiadores como Gordon Childe.⁷

→ Vere Gordon Childe (1892-1957) trató de poner sentido en una arqueología reducida a un positivismo vergonzante. Se ha dicho de él que «puede considerársele como el primer arqueólogo que empleó conjuntamente una metodología explícita y una teoría histórica y social claramente definida», y él mismo reconocería, poco antes de su muerte, que su mayor contribución a la arqueología no residía en los datos nuevos o en los esquemas cronológicos que hubiese podido aportar, «sino sobre todo en conceptos interpretativos y mé-

todos de explicación». Childe propuso una imagen global del desarrollo de la humanidad primitiva, considerado como un ascenso hasta la revolución neolítica, un estadio que veía como «muy diferente en cada caso», pero con unos rasgos comunes: «en todas partes significó la aglomeración de grandes poblaciones en ciudades; la diferenciación en el seno de éstas de productores primarios (pescadores, agricultores, etc.), artesanos especialistas de plena dedicación, mercaderes, funcionarios, sacerdotes y gobernantes; una concentración efectiva de poder económico y político; el uso de símbolos convencionales (la escritura) para registrar y transmitir la información e igualmente de patrones convencionales de pesos y de medidas de tiempo y espacio que condujeron a la ciencia matemática». Nos dio, así, una imagen rica y sugerente de la forma en que se produjo el paso de la prehistoria a la historia, el ascenso de la barbarie a la civilización, en el marco geográfico del Oriente próximo y de Europa. Libros como *Man makes himself* (1936) y *What happened in history* (1942) han tenido una influencia universal y han contribuido a establecer una determinada visión de la historia humana, acorde con el marxismo tradicional. Sólo que en los últimos años de su vida, Childe, que había roto con la visión dogmática de la prehistoria soviética, se orientó en la dirección que estaban tomando cuantos deseaban la renovación del marxismo y revisó sus concepciones del progreso *

* Criticando la afirmación de Barraclough de que la burbuja del progreso había estallado, Childe dirá: «Pero la burbuja que ha estallado es meramente una concepción superficial del progreso, subjetiva y apriorística. Es el “progreso” visto como una simple aproximación lineal a un objetivo preconcebido y predeterminado, a un “bien” que constituye una norma absoluta a la luz de la cual deben juzgarse los acontecimientos históricos. Hegel y Bury, Wells y algunos marxistas usaron la historia para documentar una firme aproximación a tal objetivo preconcebido. Este objetivo se les mostraba, si no a la vista, por lo menos a un fácil alcance de su imaginación —la monarquía constitucional, la democracia plutocrática, el estado de bienestar, el estalinismo. El propio Marx escapó a este prejuicio, no tanto por haber dejado muy abstracto y atenuado el contenido del “comunismo”, como por haber afirmado prudentemente que su consecución marcaría el fin, no de la historia, sino “del estadio prehistórico de la sociedad humana”. Fueron concepciones de esta índole las que estallaron en 1946 y 1956, y con ellas debería desterrarse la idea misma de la historia como un proceso predeterminado que conduce inevitablemente a un fin ya fijado. La tarea del historiador no consiste en imaginar un valor absoluto y llamar “progreso” a la aproximación al mis-

en un sentido que es necesario tomar en cuenta para tener una imagen cabal de su pensamiento.⁸

Uno de los hechos que ayudó mayormente a combatir el dogmatismo escolástico fue la publicación de nuevos textos de Marx, y en especial la de sus borradores de los años 1857-1858 —*Líneas fundamentales de la crítica de la economía política*, o *Grundrisse*—, que aparecieron por primera vez en Moscú en 1939-1940, pero permanecieron prácticamente ignorados hasta la edición berlinesa de 1953. Fue sobre todo la publicación, en 1964, del fragmento dedicado a las formaciones económicas precapitalistas, con una aguda y provocativa introducción de Eric Hobsbawm —que llegaba a afirmar que «la teoría del materialismo histórico requiere únicamente la existencia de una sucesión de modos de producción, pero no que hayan de ser uno u otro en particular, ni quizá tampoco predeterminados en el orden de sucesión»— lo que condujo a iniciar una serie de fecundas discusiones, que fueron mucho más allá de librar al marxismo del corsé de hierro de los cinco modos de producción. Se explican, en este contexto, hechos como la reanudación del debate sobre el modo de producción asiático, al que ya nos hemos referido con anterioridad, la propuesta de fundamentar una antropología marxista o la discusión sobre el concepto de «formación económico-social», con el propósito de recuperar una categoría teórica que liberase al materialismo histórico de su dependencia de esos modelos abstractos que representan los modos de producción.⁹

Sin embargo, uno de los efectos más estimulantes de la publicación de los *Grundrisse* fue el de colocar a los marxistas ante un pensamiento en pleno hacerse, no cristalizado, con dudas y contradicciones, donde los términos son empleados en ocasiones con imprecisión. Lo que había acabado convirtiéndose en una revelación indiscutible volvía a ser ahora, como Marx había querido, un método para investigar el pasado y el presente, donde nada estaba resuelto de antemano por la mera operación de la teoría, y ningún resultado era definitivo. Los efectos de esta liberación del dogma se han extendido también a la investigación que se realiza en aquellos países que tienen el marxismo como ideología oficial del estado, como puede

mo, sino más bien en descubrir en la historia valores a los que el proceso se está aproximando» («The Past, the Present and the Future», en *Past and present*, n.º 10, noviembre 1956, p. 4).

verse en el caso de algunos historiadores soviéticos, o en la forma en que, por ejemplo, se produce la investigación en torno a las revoluciones burguesas en la República Democrática Alemana.¹⁰

Desde 1945, los grandes avances metodológicos en el terreno de la historia marxista surgen en torno a los debates colectivos sobre temas fundamentales, mucho más que como consecuencia de la elaboración abstracta de unos principios: son un resultado de la investigación histórica concreta y no de la especulación filosófica. El más importante de estos debates es, seguramente, el que se refiere al tránsito del feudalismo al capitalismo, replanteado en 1946 por Maurice Dobb en sus *Estudios sobre el desarrollo del capitalismo*. Dobb justificaba su incursión en este terreno por su creencia de que el «análisis económico sólo tiene sentido, y sólo puede rendir frutos, si va unido a un estudio del desarrollo histórico»: era necesario estudiar los orígenes del capitalismo para comprender mejor su naturaleza real y poder actuar sobre él. Combatía la interpretación habitual que veía el feudalismo como un sistema de economía natural, cerrado y estable, que se resquebrajaba como consecuencia del crecimiento del comercio y del ascenso paralelo de la burguesía. Rechazaba unas definiciones de feudalismo y capitalismo basadas en la esfera de la circulación —economía natural contra economía monetaria—, para proponer otras basadas en las relaciones de producción, que contraponían un sistema caracterizado por un campesinado dependiente a otro con predominio del trabajo asalariado. Se pasaba, así, de una concepción fundada en el crecimiento de las fuerzas productivas a otra que ponía el acento en la lucha de clases y consideraba que el motor fundamental había sido la pugna de los campesinos contra la explotación feudal, que había acabado haciendo inviable el sistema. El estímulo proporcionado por estas ideas —y por la interesante discusión entre Dobb y Sweezy, con intervención de Hilton, Takahashi, etc.— abrió nuevos terrenos de investigación. En 1954 Eric Hobsbawm abordaba el tema de la «crisis general del siglo xvii». De lo que se trataba, en realidad, era de averiguar lo siguiente: «¿Por qué la expansión de fines del siglo xv y del siglo xvi no condujo directamente a la época de la revolución industrial de los siglos xviii y xix? ¿Cuáles fueron, en otras palabras, los obstáculos en el camino de la expansión capitalista?». Su respuesta era que tales obstáculos habían surgido de la flexión de la demanda, causada, a su vez, por resistencias en el mar-

co de la sociedad feudal. Sólo que, al favorecer la concentración del poder económico, la propia crisis ayudó a crear las condiciones que liquidarían el feudalismo en algunos lugares, a través del proceso de una revolución burguesa. El tema fue ampliamente debatido y llevó a un acuerdo casi unánime acerca de la existencia de esta crisis general de la economía europea del seiscientos —que algunas elucubraciones recientes quisieran extender a un ámbito mundial, lo que le quitaría todo sentido «social» y obligaría a relacionarla con factores climáticos— y de su trascendencia para explicar la lentitud con que el capitalismo nació en el seno de un feudalismo en descomposición.¹¹

En 1965, sin embargo, la historiadora rusa A. D. Lublinskaya sometía a una severa crítica el conjunto de evidencias en que se apoyaba la hipótesis de la crisis general —crítica a la que se sumaría, de manera tajante y con menos matices, el danés Niels Steensgaard— y, sobre todo, la concepción misma de que hubiesen sido unos «obstáculos» lo que había impedido una eclosión más temprana del capitalismo desarrollado. Lo que había que hacer era estudiar la sociedad del absolutismo, tratar de comprender la naturaleza de las relaciones de clase que se establecen en ella y las reglas económicas peculiares de su funcionamiento. La era del absolutismo no debe verse como el escenario de la lucha entre dos formaciones sociales puras, feudalismo y capitalismo, sino como una etapa con características propias, en el curso de la cual, a la par que el capitalismo crece en el seno de la vieja sociedad, se producen unos conflictos sociales que alimentan la formación de unas conciencias de clase y preparan el terreno para el triunfo de la nueva sociedad. «La revolución burguesa y el grado de madurez de clase propio de ella no surgen de la nada: se vienen preparando durante siglos.»¹²

El debate se extendió también a la crisis del siglo XIV, a las consecuencias de ésta (transformación del feudalismo en el occidente europeo, refeudalización del este) y a la expansión de fines del siglo XV y comienzos del siglo XVI. La historiografía académica —Postan, Le Roy Ladurie, etc.— utilizaba triviales explicaciones malthusianas —crecimiento de la población, agotamiento de los recursos, peste, etc.—, o aplicaba recetas de manual neoclásico de economía —Miskimin, Abel—, especulando con la evolución de los precios y los movimientos de oferta y demanda. El mismo esquema, a cuenta de la demanda creciente de la Europa occidental, pretendía

explicar la refeudalización del este como una simple consecuencia de una mayor comercialización del trigo exportado por el Báltico. Quienes primero se opusieron a estos esquemas de un economicismo vulgar fueron seguramente los historiadores checos —Graus, Kalivoda, Macek—, a quienes la compleja experiencia de la revolución husita enseñó a plantear la cuestión en términos de «primera crisis del feudalismo». Pero sus trabajos no han trascendido suficientemente, y el tópico malthusiano sigue en plena vigencia. En 1976, Guy Bois se limita a modificarlo dando un papel predominante a la productividad —en lugar de al volumen de la producción— y pretende «socializar» el esquema, introduciendo la «tasa de detracción» del producto campesino por parte de la clase feudal. En una fase de expansión aumenta la población, también el producto, baja la productividad, aumenta el volumen de detracción, pero baja su tasa; cuando la productividad llega a un punto tan bajo que no permite la reproducción simple, se inicia una fase de contracción y el sentido de todos estos índices se invierte. Más interesante resulta un artículo de Robert Brenner, publicado en el mismo año, sobre la estructura de clases agraria y el desarrollo económico en la Europa preindustrial, donde se propone una reinterpretación de todo el proceso, incluyendo las dos crisis del siglo XIV y del siglo XVII, la refeudalización de la Europa oriental y los distintos ritmos de avance hacia el capitalismo en diversos países (Francia e Inglaterra), situando en un lugar central la estructura de clases y filtrando a su través los factores «objetivos» (demográficos, comerciales, etc.). Han sido muchas las críticas que se han dirigido a Brenner, y no pocas están plenamente justificadas, pero no hay duda de que su enfoque conduce más allá que el del circulacionismo vulgar de Gunder Frank y Wallerstein, con su sobrevaloración del papel del comercio exterior en épocas en que sólo una pequeña fracción del producto de las economías implicadas discurría por su cauce. Porque, como dijera Marx, «la verdadera ciencia de la economía política comienza allí donde el estudio teórico se desplaza del proceso de circulación al proceso de producción». Ha sido una lástima que los historiadores que han participado en estos debates no hayan recogido las sugerencias que, desde una perspectiva neorricardiana, hizo E. J. Nell en 1967, no sólo por lo que pudiera tener de útil su propuesta de un modelo interpretativo de las relaciones campo-ciudad en el proceso de crisis del feudalismo, sino por sus valiosas propuestas metodo-

lógicas que hubieran debido llevar a evitar la reiteración de triviales explicaciones lineales causa-efecto.¹³

Gran Bretaña ha tenido, después de la segunda guerra mundial, una valiosa historiografía marxista, en la que hay que apuntar, aparte del nombre ya citado de Gordon Childe, los de Christopher Hill, Rodney Hilton o Eric J. Hobsbawm. En todos ellos coincide el carácter abierto de su obra, un cierto desinterés por lo económico —Hobsbawm dirá que «el interés de los historiadores marxistas está más en la relación entre base y superestructura que en las leyes económicas del desarrollo de la base»— y una preocupación por el rigor científico, agudizada por el acoso de que fueron objeto desde los años de la guerra fría —cuando, en palabras del propio Hobsbawm, tenían la sensación de que «hay gente que está vigilando y trata de atraparte»—, que acabaría transformándose posteriormente en abierta persecución.* La crisis política de 1956, sin embargo, engendró, a la vez que una «nueva izquierda», nuevas corrientes de historiografía marxista. Una de ellas, el populismo socialista del grupo que publica la revista *History Workshop*, tiende a una desmitificación del trabajo académico y a la búsqueda de una nueva aproximación al movimiento obrero y a un público popular. Otra, sobre la que ha ejercido una poderosa influencia la figura de Raymond

* Un editorial de la revista *History Workshop* («El ataque», n.º 4, otoño 1977, pp. 1-4) daba noticias de la campaña desencadenada en principio por una institución dirigida por Brian Crozier (biógrafo de Franco y acusado en más de una ocasión de ser un asalariado de la CIA norteamericana) contra los intelectuales «marxistas y radicales» y su trabajo en la enseñanza superior. El ataque fue jaleado por la prensa «respetable» y secundado por insignes mediocridades académicas, como Hexter, con violentas invectivas contra historiadores como Christopher Hill o Rodney Hilton, a quienes se acusaba de «traicionar» la dignidad del oficio, al hacer explícitas unas ideas políticas contrarias a las del orden establecido. Elton llegó a desenterrar el cadáver intelectual de Tawney, sin respeto por los servicios que éste había prestado en su tiempo a la «buena causa», acusándole del crimen de haber introducido «propósitos morales y sociales» en la historia. Todo ello revela la falta de alternativas de un sistema que ya no dispone ni siquiera de Tawneys que puedan ofrecer salidas respetables y ha de recurrir al triste espectáculo de las viejas vestales que acusan de politización a quienes no comparten sus ideas políticas, como si sus mal ganados prestigios, y hasta sus ingresos, no dependiesen de su ciega fidelidad a un sistema que los mantiene como perros guardianes que se apresuran a ladrar en cuanto creen olfatear un peligro.

Williams, tiene como nombre más destacado el de E. P. Thompson, quien, con su *The Making of the English Working Class* (1963), se convertiría en un modelo, a la vez que en un revulsivo, para los jóvenes historiadores progresistas del mundo entero.¹⁴

Sin entrar aquí en los muchos rasgos renovadores que pueden encontrarse en la obra de Thompson —su esfuerzo por replantear la noción de clase como una relación, o su interés por los mecanismos de formación de una conciencia colectiva, en que se refleja la influencia de Gramsci, transmitida en parte por Raymond Williams— hay que señalar, sobre todo, su rechazo de un marxismo entendido como «un cuerpo autosuficiente de doctrina completo, internamente consistente y plenamente realizado en un conjunto de textos escritos», donde la cita acaba sustituyendo al análisis de la realidad.

Miseria de la teoría lleva más adelante aun este planteamiento. El punto de arranque, y el hilo conductor, del libro es una crítica minuciosa y devastadora de Althusser y de algunas formas de «estructuralismo marxista» emparentadas con él, que se hace extensiva al idealismo anticomunista de Popper y al dogmatismo estalinista. Pero Thompson no se limita a la crítica, sino que su propósito al desmontar esta versión adulterada del marxismo es el de proponer una reconstrucción muy distinta. La operación se inicia con el estudio de algunos problemas fundamentales, como el de la lógica de la historia, que le conduce a defender una concepción según la cual: «El discurso de la demostración de la disciplina histórica consiste en un diálogo entre concepto y dato empírico, diálogo conducido por hipótesis sucesivas, por un lado, e investigación empírica, por otro». Al propio tiempo, Thompson examina el desarrollo del pensamiento de Marx, para mostrarnos que quedó preso en la larga tarea de formular la crítica de la economía política del capitalismo —de escribir *El capital* y los *Grundrisse*— y se vio obligado a dejar arrumbado el proyecto más ambicioso de construir el materialismo histórico, cuya finalidad no es la de dar cuenta del funcionamiento de una economía, sino de una sociedad entera. Y una sociedad

comprende muchas actividades y relaciones (de poder, de conciencia, sexuales, culturales, normativas) que no conciernen a la economía política, y para las cuales ésta no tiene ni siquiera el léxico necesario para su análisis. Por consiguiente, la economía política no puede mostrar el capitalismo como «el capital en la totalidad de sus relaciones»; no tiene ni siquiera el lenguaje y los términos para

hacerlo. Sólo un materialismo histórico que pudiera poner todas las actividades y relaciones dentro de una visión coherente podría hacerlo.

Un materialismo histórico que no sólo debe servir para una mejor investigación del pasado, sino para sentar las bases de un nuevo socialismo.¹⁵

Por caminos distintos, Pierre Vilar ha formulado también esta exigencia de una historia marxista que sea visión global de la sociedad, con la economía como pieza fundamental —a diferencia del olvido en que suelen dejarla los marxistas británicos—, pero en modo alguno única: «La reflexión sobre la historia permite distinguir el núcleo, que reside en la economía. Pero el útil teórico debe permitirnos volver a la realidad histórica. Y esta realidad nunca es lo económico “puro”». La naturaleza de los planteamientos teóricos de Vilar puede explicarse a partir de su propia obra de investigador. Historiador de la economía, dedicado a analizar el surgimiento del capitalismo en Cataluña, inició su tarea con una óptica que descartaba la tentación del economicismo, puesto que su objetivo era el de averiguar los fundamentos que habían permitido que surgiera una conciencia nacional. Ello puede ayudarnos a entender que su obra se haya visto liberada del agarrotamiento dogmático y que haya podido formular un programa globalizador para la investigación histórica. Sus primeros planteamientos se exponían, en 1960, en «Crecimiento económico y análisis histórico», donde definía un programa para una historia total, centrado en torno al estudio del crecimiento económico. El programa se inicia con el examen del número de los hombres, de la demografía; prosigue con el de la producción de bienes, considerada como resultado de unos factores y, a la vez, como causa de bienestar individual o desarrollo colectivo. El tercer plano puesto en juego es el del movimiento de las rentas (salario, beneficio empresarial, intereses, renta de la tierra, etc.), averiguando el papel que la estructura social e institucional desempeña en su distribución y los efectos que los movimientos de las rentas y sus disparidades tienen «sobre la propia economía y sobre el movimiento social». El cuarto plano presenta el balance de los intercambios, con una concepción que «rebaso en mucho a la de comercio», para incluir capitales y rentas, migraciones de brazos y de técnicos, etc. El quinto y último estrato, «equilibrio social y poderío

político», plantea el análisis de los movimientos y tensiones que surgen de las contradicciones originadas por el propio crecimiento económico, ya sean conflictos de intereses de pequeños grupos o fenómenos de mayor amplitud, de lucha de clases, y examina, en último lugar, la unidad y el poderío de los grupos nacionales.

En esta primera formulación los componentes están ya claramente acotados, pero la forma en que deben ensamblarse resulta todavía imprecisa. Vilar insistiría en que esta «historia total» no debía confundirse «con una literatura vaga que trataría de hablar de todo a propósito de todo», y nos diría que falta todavía elaborar «el *modelo histórico* eficiente, que no sólo toma en cuenta lo económico, sino lo psicosocial, las secuelas del pasado, las reacciones del presente y la creación de hombres nuevos a partir de realidades nuevas». Al cabo, sin embargo, esta reflexión desembocará en un planteamiento más preciso e integrado,* en relación con el cual se establece una concepción de la investigación histórica como

el estudio de los mecanismos que vinculan la dinámica de las estructuras —es decir, las modificaciones espontáneas de los hechos

* Valga, como ejemplo de la visión global de la historia que propone Vilar, esta definición suya: «El objeto de la ciencia histórica es la *dinámica de las sociedades humanas*. La *materia histórica* la constituyen los *tipos de hechos* que es necesario estudiar para dominar científicamente este objeto. Clasifiquémoslos rápidamente: 1) Los *hechos de masas*: masa de los *hombres* (demografía), masa de los *bienes* (economía), masa de los *pensamientos* y de las *creencias* (fenómenos de “mentalidades”, lentos y pesados; fenómenos de “opinión”, más fugaces). 2) Los *hechos institucionales*, más superficiales pero más rígidos, que tienden a *fixar* las relaciones humanas dentro de los marcos existentes: derecho civil, constituciones políticas, tratados internacionales, etc.; hechos importantes pero no eternos, sometidos al desgaste y al ataque de las contradicciones sociales internas. 3) Los *acontecimientos*: aparición y desaparición de personalidades, de grupos (económicos, políticos), que toman medidas, decisiones, desencadenan acciones, movimientos de opinión, que ocasionan “hechos” precisos: modificaciones de los gobiernos, la diplomacia, cambios pacíficos o violentos, profundos y superficiales. La historia no puede ser un simple *retablo* de las instituciones, ni un simple *relato* de los acontecimientos, pero no puede desinteresarse de estos hechos que vinculan la vida cotidiana de los hombres a la dinámica de las sociedades de las que forman parte». A estos hechos corresponden unas técnicas, y estas técnicas «sólo adquieren sentido dentro del marco de una *teoría global*» (Pierre Vilar, *Iniciación al vocabulario del análisis histórico*, Crítica, Barcelona, 1980, pp. 43-44).

sociales de masas— a la sucesión de los acontecimientos —en los que intervienen los individuos y el azar, pero con una eficacia que depende siempre, a más o menos largo plazo, de la adecuación entre estos impactos discontinuos y las tendencias de los hechos de masas—. ¹⁶

Así llegamos al término, hoy por hoy, de un proceso de renovación del marxismo —o, más exactamente, de recuperación del programa global del materialismo histórico, desnaturalizado por unas deformaciones empobrecedoras— y podría parecer que hemos alcanzado, con ello, el lógico final de una exposición acerca de la teoría de la historia que ha partido de los orígenes y llega hasta nuestros días. Éste sería el final previsible para un libro de historia de la historia acomodado al modelo habitual de exposición, que se ajusta a las pautas del supuesto desarrollo lineal y progresivo de la humanidad. Pero ocurre que este libro no se ha escrito para exponer un progreso, sino para ayudar a desentrañar una crisis —la de un modelo de crecimiento marxista— de la que se suele hablar hoy en términos de denuncia del industrialismo socialista, y de fracaso de los sistemas políticos establecidos en la Unión Soviética y en los países del Este europeo, y que ha llevado a buscar las respuestas en los textos de Marx, tratando de encontrar en ellos los fundamentos de una nueva teoría de las necesidades humanas, con unos planteamientos que suelen estar lastrados por una inadecuada comprensión de la historia * —y, consecuentemente, del progreso humano—, que acaba tarando los fundamentos mismos del proyecto de futuro que se pretende renovar. El último capítulo de este libro se dedicará, precisamente, a la necesidad de repensar nuestros análisis del pasado para que podamos construir sobre ellos un nuevo proyecto socialista. ¹⁷

* En Harich, por ejemplo, no es difícil advertir la incoherencia de unas posiciones históricas que van desde ecos de los peores mecanicismos reformistas —los condicionamientos materiales ecológicos y económicos que empujan a Norteamérica, a los estados de la CEE y el Japón en dirección a soluciones comunistas» (p. 163)— a muestras de idealismo tan desconcertantes como: «El sentido de la historia mundial, caso de que tenga alguno, consiste en la realización progresiva del principio de la igualdad de todos los hombres» (p. 193). (Citas de W. Harich, *¿Comunismo sin crecimiento?*, Materiales, Barcelona, 1978.) Cuesta comprender cómo se pretende establecer previsiones de futuro sobre la base de una visión del pasado tan falta de rigor.